

Padre Shenan J. Boquet
Presidente
Human Life International

¿Qué está pasando? Hoy hay un gran silencio sobre la tierra, un gran silencio y quietud, un gran silencio porque el Rey duerme; la tierra estaba aterrorizada y quieta, porque Dios dormía en la carne y levantaba a los que dormían desde siempre. Dios ha muerto en la carne, y el inframundo ha temblado. (De una antigua homilía en Sábado Santo.) [1]

Por primera vez en nuestra memoria reciente, reina un silencio sepulcral en nuestras iglesias. Así como el Sábado Santo, la Santísima Virgen y María Magdalena fueron separadas de su Señor por la gran piedra del sepulcro donde estaba Jesús, así también los fieles hoy quedaron privados del Señor, separados de Él por las puertas cerradas de nuestras iglesias.

Es natural que nos lamentemos del estado actual de las cosas y que anhelemos retornar a la normalidad. Y, de hecho, me parece que donde sea que los sacramentos puedan estar más disponibles sin poner a los vulnerables en un riesgo indebido de este virus, deberían estarlo. (Recientemente, un grupo de laicos lanzó una campaña llamada “We Are an Easter People” (“Somos un Pueblo de la Resurrección”, traducción libre) instando a nuestros líderes espirituales a tratar de encontrar formas creativas de proporcionar la Eucaristía y la Confesión a los fieles, respetando al mismo tiempo las consideraciones prudentiales [2].

Sin embargo, el hecho práctico es que, en muchas diócesis en este momento, las Misas públicas simplemente no están disponibles, e incluso el sacramento de la Reconciliación es casi imposible de encontrar. La pregunta, entonces, es ¿cómo debemos responder? Me parece que la respuesta obvia es que debemos abrir los ojos a las formas en que Dios nos ofrece la oportunidad de entrar en una intimidad aún mayor con Él, no a pesar de la falta de acceso a los sacramentos, sino a través de ellos.

Una oportunidad para crecer en el amor

Puede parecer extraño que Dios se acerque a nosotros mediante la privación del gran sacramento de Su presencia real. Y, sin embargo, si supiéramos algo de los caminos de Dios, ¡no nos sorprendería!

Ciertamente, hay momentos en nuestras vidas, análogos al momento de la Transfiguración, cuando Dios se nos revela inequívocamente, dándonos un vistazo de Su gloria. Quizás ha ocurrido un milagro por el cual hemos orado, o hemos tenido una experiencia intensa de la presencia de Dios en la oración, o alguna “coincidencia” improbable nos ha demostrado la voluntad de Dios para nuestra vida. Pero hay otros momentos, mucho más numerosos, que se asemejan más al gran silencio del Sábado Santo, cuando Dios se retira castamente, dejándonos sin las comodidades tangibles de Su presencia. Pero si se debe creer a los santos, y si los detalles de la propia vida de Cristo se deben tomar como reveladores de los métodos de Dios, entonces es en estos últimos momentos, los momentos en que el propio Dios se “oculta” de nosotros, que Él está, de hecho, más cercano que nunca a nosotros.

Al principio de su vida religiosa, la Madre Teresa tuvo intensas experiencias místicas en las que Cristo le reveló el trabajo de su vida: servir a los más pobres de los pobres. Poco después, sin embargo, la Madre Teresa comenzó a experimentar sequedad en su oración, acompañada de una sensación de abandono por parte de Dios. Esto duró décadas, hasta su muerte. Como se lamentó en una carta: “En mi alma siento ese terrible dolor de pérdida, de que Dios no me quiera, de que Dios no sea Dios, de que Dios realmente no exista”. En esta gran oscuridad, la Madre Teresa se vio obligada a apoyarse únicamente en la fe. Y a través de esta fe, logró una unión tan íntima con Dios que era como un espejo para lo divino, de modo que simplemente estar en su presencia era experimentar algo de la bondad infinita de Dios. “La Madre Teresa tenía un rostro carbonizado por los silencios de Dios”, escribió recientemente el cardenal Robert Sarah, “pero ella los asumió interiormente y respiró amor”. A fuerza de permanecer largas horas ante la llama ardiente del Santísimo Sacramento, su rostro estaba bronceado, transformado por un encuentro diario cara a cara con el Señor” (El Poder del Silencio, p.98).

Esto puede parecerse extraño, pero es la experiencia casi universal de los grandes místicos. Los santos Juan de la Cruz, Teresa de Ávila, el Padre Pío y muchos, muchos más, en algún momento, tuvieron experiencias místicas personales abrumadoramente intensas de la presencia de Dios, seguidas de largos y terribles períodos de sequedad en los que parecía que Dios los había abandonado.

En sus grandes tratados místicos, San Juan de la Cruz explica que esta experiencia de abandono está diseñada para nuestra purificación y la perfección del amor. Dios es infinito. Él es infinitamente bueno, infinitamente poderoso, infinitamente justo, infinitamente amoroso. A veces, Dios nos concede una pequeña muestra de su bondad, una experiencia tan deliciosa que puede superar todos los placeres terrenales. El riesgo, sin embargo, dice San Juan, es que podemos llegar a pensar que Dios es como estas experiencias, cuando en realidad las trasciende infinitamente. Peor aún, podemos llegar a depender de estas experiencias, basando nuestra fe en ellas, cuando de hecho lo que Dios desea y lo que el amor exige, es una confianza total y absoluta en Él, una confianza que está dispuesta a soportar cualquier dificultad o prueba o sufrimiento por el amado, incluyendo su aparente ausencia. Y es por eso que se “retira”: para darnos la oportunidad de crecer en el amor.

Dios se revela en el silencio

De nuevo, ¡no debería sorprendernos esto! Sabemos por las Escrituras que a menudo es cuando Dios parece estar más silencioso, más dormido, que Él está más poderosamente con nosotros:

De repente, una violenta tormenta se produjo en el mar, de modo que la barca fue inundada por las olas; Pero estaba dormido. Vinieron y lo despertaron, diciendo: “¡Señor, sálvanos! ¡Estamos pereciendo! Él les dijo: “¿Por qué están aterrorizados, oh hombres de poca fe?” Luego se levantó, reprendió a los vientos y al mar, y hubo una gran calma. Los hombres se sorprendieron y dijeron: “¿Qué clase de hombre es este, a quien incluso los vientos y el mar obedecen?” (Mateo 8: 23-27).

En ningún lugar esta verdad se ilustra más dramáticamente que en la pasión de Cristo. Después de todo, fue en el mismo momento en que Cristo estaba cumpliendo la gran obra de nuestra redención, mientras colgaba en la cruz, que gritó: “¡Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado!” Los teólogos están de acuerdo en que esto no fue una mera obra de teatro por parte de Cristo, sino que en este momento Cristo realmente se sintió abandonado por su Padre; es decir, experimentó, en su naturaleza humana, en un grado que ningún otro ser humano ha tenido, lo que San Juan de la Cruz más tarde llamaría la “noche oscura del alma”.

Aunque sería una blasfemia decir que hubo, en cualquier momento, cualquier cosa menos que una unión perfecta entre el Padre y el Hijo, hay un sentido en el que podríamos decir que la perfección de esta intimidad se hizo más manifiesta en la cruz, porque fue en la cruz que Cristo consumió la voluntad de su Padre. La enorme paradoja aparente de este episodio en los Evangelios es que, en el momento en que la voluntad del Padre y del Hijo coincidió tan perfectamente, cuando eran tan manifiestamente Uno, Cristo se sintió abandonado por el Padre.

A medida que esta pandemia barre el mundo y entramos en la Semana Santa sin los grandes bienes de la Santa Misa y la Eucaristía, también podemos sentirnos abandonados. Pero no lo estamos. De hecho, hay muchas razones para creer que Cristo, aunque oculto de nosotros, está más cerca que nunca. Después de todo, incluso el gran clamor de Cristo en la cruz, aparentemente un grito de desesperación, fue en realidad un grito de inmensa esperanza y confianza en la fidelidad del Padre. Las palabras que pronunció provienen de las primeras líneas del Salmo 22, un salmo que comienza con una lamentación pero termina con un canto de triunfo: “Porque no ha despreciado ni desdeñado / el sufrimiento del afligido / no ha ocultado su rostro de él / sino que ha escuchado su grito de ayuda”.

Sí, Cristo eligió asumir la totalidad del pecado y el sufrimiento humano, incluida la experiencia subjetiva del silencio de Dios; pero también nos mostró cómo debemos responder, uniéndonos con el Padre a través de una confianza absoluta e inquebrantable. Las palabras que Cristo lloró en la cruz, que han escandalizado a tantos pensadores superficiales, lejos de exponer cualquier debilidad en él, de hecho, revelan la perfección absoluta de su unión con el Padre. También nos revelan las leyes profundas de la vida espiritual, que debemos seguir para crecer en el amor y la unión con Dios.

La Gran Cuaresma del 2020

Esta es la Semana Santa, el corazón de la Gran Cuaresma del 2020, una Cuaresma que recordaremos y de la cual hablaremos en las próximas décadas. Estamos en medio de un ayuno forzado de un tipo que nunca hubiéramos elegido para nosotros, un ayuno no solo por la comodidad de la comida, la bebida, el entretenimiento y nuestra sensación de seguridad física, sino incluso por el consuelo de los sacramentos. Esta última privación puede parecer la más dura y extraña de todas. Y, sin embargo, abrazado como una participación en la pasión de Cristo, este ayuno espiritual puede unirnos aún más estrechamente con Cristo que si todas las cosas fueran normales.

Sabemos que así como Cristo instituyó los sacramentos, tampoco está obligado por ellos. Muchos santos han afirmado que Cristo puede unirse con nosotros a través de una comunión espiritual. Ahora es el momento de hacer muchas comuniones espirituales, hacer muchos actos perfectos de contrición, rezar el Rosario con nuestra familia, unirnos con el Sagrado Sacrificio de la Misa que aún continúa en las capillas privadas de todo el mundo, para creativamente promulgar las liturgias de Semana Santa en nuestros hogares y rezar las Estaciones de la Cruz.

En medio del gran silencio del Sábado Santo, durante la “angustia del infierno”, la Virgen María debió haber sentido un gran dolor; ella debió haberse sentido abandonada por su Hijo, incapaz de tocarlo, de escuchar el sonido de su voz, al ver su cuerpo ensangrentado y sin vida todavía fresco en su memoria. Y sin embargo, ¿crees que ella creía que Él la había abandonado? Ni por un momento. De hecho, fue entonces cuando ella estaba más cerca de Él, ejerciendo una confianza perfecta en su Hijo, que era la prueba y la expresión de su amor perfecto por Él. Y aunque siempre debe haber sentido un amor por su Hijo que supera lo que podemos imaginar, imagine por un momento lo que debe haber sido su alegría el Domingo de Pascua, una alegría que se hizo aún más grande en contraste con los sufrimientos del Viernes Santo y el Sábado Santo!

Ninguno de nosotros hubiera elegido una Semana Santa como esta. Y, sin embargo, así como el ayuno de la comida y la bebida aumenta nuestro deseo por ellos, este ayuno espiritual tiene el poder, si lo permitimos, de aumentar nuestra hambre y sed de los sacramentos. Si usamos bien este tiempo, entonces, cuando surja la oportunidad de recibir a Cristo en la Eucaristía nuevamente o de recibir la gracia de la absolución, no lo haremos con nuestra habitual complacencia. En cambio, será para nosotros como si fuéramos María en la primera mañana de Pascua, cuando vio por primera vez a su amado Hijo resucitado y en estado glorioso.

De hecho, sea cual sea la oscuridad y el misterio de esta misteriosa Cuaresma y Semana Santa, se acerca la mañana de Pascua, y Cristo nos dirá, como se lo representa diciéndole a

Adán en esa famosa homilía del Sábado Santo: “Yo te lo mando: Despierta, tú que duermes, no te he hecho para que estés cautivo en el inframundo. Levántate de la muerte; Yo Soy la vida de los muertos. Levántate, oh hombre, obra de mis manos, levántate, tú que fuiste creado a mi imagen. Levántate, vámonos de aquí; porque tú en mí y yo en ti, juntos somos una persona indivisa” [3].

Notas:

[1]. http://www.vatican.va/spirit/documents/spirit_20010414_omelia-sabato-santo_en.html .

[2]. <https://weareaneasterpeople.com/> .

[3]. http://www.vatican.va/spirit/documents/spirit_20010414_omelia-sabato-santo_en.html .

Fuente original: <https://www.hli.org/2020/04/coronavirus-and-the-great-lent-of-2020/>

VHI agradece a José Antonio Zunino Tosi del Ecuador la traducción de este artículo.